

Elfriede Jelinek

Deseo

Leda Rendón

La escritora premio Nobel Elfriede Jelinek hace ruborizar al lector en su novela *Deseo*. Dotada de una prosa colmada de metáforas donde la realidad se mezcla con los objetos y los estados de ánimo de los personajes, la autora sumerge al lector en un mundo fragmentado, casi cubista, sometido a la violencia y corrupción humanas.

Al obtener el Premio Nobel en 2004 la autora se vio envuelta en discusiones a favor y en contra: algunos se preguntaron si había sido una especie de deuda o si había recibido el galardón que se le negó a Thomas Bernhard. Incluso hubo quien cuestionó si no se le premió por su carácter “circunstancial” y “pintoresco”, incluso se añadieron nombres masculinos más dignos del premio en opinión de los signatarios, y hubo también quien terminó afirmando: “no hay que tener miedo a decirlo: la academia sueca no ha acertado esta vez”. En México Sergio Pitlor festejó que hubiera sido una escritora la premiada, sobre todo “una mujer valiente que ha luchado contra los intentos neonazis de apoderarse del gobierno en Austria”.

Jelinek afirmó en una entrevista en Viena que el Premio Nobel la había convertido a su pesar en una persona pública: “Si esto resulta demasiado deberé marcharme. Aunque es algo que no quiero, ya que vivo a gusto aquí” —declaró lacónicamente.

Deseo es una novela llena de veladuras, hace derramar pequeñas gotas de sangre, que sin más se convierten en un océano pesadillesco y afrodisiaco. El golpe de realidad es brutal, sólo se puede decir que el tiempo no transcurre, se filtra, y quien la lee no puede volver a ver las palabras de la misma manera. Elfriede Jelinek las convierte en música y es tanto lo que ofrece, que el lector no logra sobreponerse frente al deterioro de Guerti, la protagonista de la novela, quien es poseí-



da, de todas las maneras posibles, por su marido, el turbio Director.

El título, *Deseo*, resulta revelador, ya que plantea una fusión con el exterior, ya que el deseo no es espontáneo: uno desea lo que ve, por lo tanto éste, el deseo, es sin duda una construcción. El deseo nace de observar al otro, de querer poseer al otro, de querer fusionarse con el otro. Esta búsqueda de la fusión lleva irremediablemente a la violencia: se podría decir que nuestra sociedad se mueve entre el hedonismo y el terror. No en vano la llamamos “la sociedad del riesgo” porque la búsqueda a ultranza del placer implica toda suerte de peligros para la salud y para el alma...

Es en esta delgada línea de avidez sexual y amorosa en la que Guerti cae encarcelada. La fuerza de la costumbre y la autoinmoción llegan al punto de que escapar no sólo es imposible, sino que ya no es deseable. La víctima disfruta del contacto con la

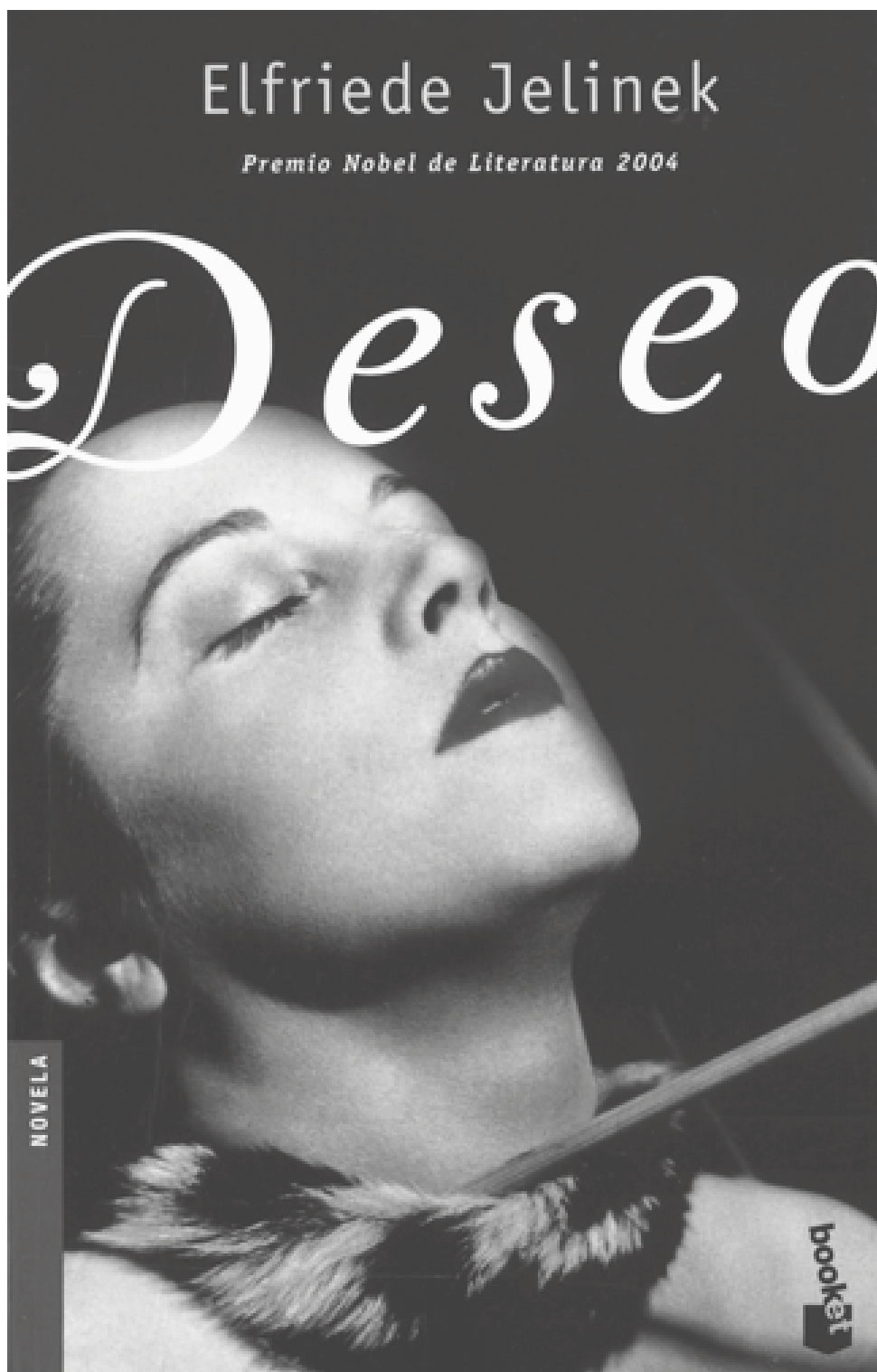
realidad a través del dolor y únicamente así puede trascender a su victimario “convirtiéndolo en un ser perverso que merece pagar una condena”. Y qué mejor que esa cuota sea cobrada por la propia agredida, Guerti.

Elfriede Jelinek deleita al lector con una prosa agresiva y precisa, muy cercana a la poesía. Al leerla uno encuentra frases alucinantes, perturbadoras, de sintaxis compleja (al menos en la traducción) que atraen y capturan. Su estilo es rico en imágenes y metáforas. Para Elfriede Jelinek el lenguaje es “un perro que la debería proteger, pero que también la acosa y persigue como una máquina de fotos”. En su obra los límites de lo real y lo ficticio se mezclan e introducen al lector en una vorágine de emociones y sentimientos encontrados.

Quien se adentre en *Deseo* se encontrará frente al gusto por el sexo desenfrenado y disfrutará de escenas donde la mujer se convierte en un objeto. Cualquier lugar es el mejor para quitarse la ropa y practicar los apetitos básicos. El Director, temeroso de contagiarse con alguna enfermedad de transmisión sexual, utiliza a su mujer como lo hacía con prostitutas. Envuelto en una avidez animal posee a su esposa de todas las maneras posibles, incluso frente a su hijo.

Guerti se devela como la verdadera manipuladora, el lector es testigo de que, lejos de ser utilizada, es ella quien maneja los hilos en su hogar y es ella quien disfruta de los malos tratos y del sexo pervertido al convertir a su amante en verdugo.

Herederas de Samuel Beckett, Elfriede Jelinek ofrece una metáfora perfecta de la mujer contemporánea, cómplice del deseo de posesión masculina. Esta visión cruda de la realidad femenina aterra y atrae irremediablemente a cualquiera. En el homenaje



realizado en el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México con motivo de la entrega del Premio Nobel en 2004 Jelinek subrayó su interés por valorar y elevar la importancia de la mujer y de su trabajo, además de mostrar su inquietud por los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez.

No hay que olvidar que se trata de una literatura femenina sin censura, con un sello particular que se encamina mas allá de cualquier interpretación objetiva, donde la realidad ha sido trasfigurada. Al respecto, la autora apunta hacia “una realidad que es como un peinado que adoptan los poetas, aunque ningún peine sea capaz de desenredarlo les martiriza durante la noche”.

El tiempo se derrama entre las páginas de *Deseo* y las imágenes fluyen como una jauría de animales sedientos de sangre. Elfriede opina que *Deseo* “penetra en la obra de todos los escritores a un camino imaginario azotado por el viento de la rabia y de la radiactividad, un camino que descubre las caras cubiertas de sangre que vemos por televisión, las caras de las mujeres que no tienen voz, un camino que es la escena indiferente de tantos pecados, y que está cerrado para mí, porque me encuentro a un lado de la vida”.

De este modo sumergirse en las profundidades de la conciencia femenina puede ser riesgoso.

Al leer *Deseo* el susurro inevitable es que uno posea la sagacidad de protegerse de los propios deseos y que el delirio de la carne y la autoflagelación no nos alcance. La inmersión en terrenos tan íntimos de la conciencia puede hacernos tambalear en nuestras convicciones más profundas. **U**

Elfriede Jelinek deleita al lector con una prosa agresiva y precisa, muy cercana a la poesía. Al leerla uno encuentra frases alucinantes, perturbadoras, de sintaxis compleja que atraen y capturan.